

Nosferatu Peláez

Jesús Alvarado

(lunática)

NO HAY NOCHES IGUALES. Las hemos diferenciado con nombres. Les hemos dado aires de singularidad. Ingenuos: creyéndonos dioses. Ellas son las puedelotodo. Nos dominan con su imperio de sombras. Gobiernan nuestros aullidos, gemidos, ladridos, conversiones de fe, de guerra. Hormigas arrastradas y pendejas: eso somos para las noches. Enanos sudorosos creyéndonos dioses. Les pusimos nombres para saber cuál era cuál, para que se sintieran contentas: singulares, para cuidarnos de ellas. Les pusimos nombres para saber de quién cuidarnos.

(solar)

La verdad es que los días se miden por *¿cómo quiere su cafecito, licenciado?* El de la mañana, el de mediodía y el de las meras cuatro, cuando Nosferatu ya está listo para salir de la oficina: los reportes entregados, dos o tres carpetas bien disimuladas en un bonche de papeles arriba del escritorio. Ya está listo cuando escucha el grito: *Peláez, café, plis. Café plis café plis puta madre se me va a hacer tarde*: la cantaleta de todos los días a las cuatro. Se lo lleva y ni modo, una sonrisa de oreja a oreja, bien fingida. Un actorazo el tal Peláez: *¿Se le ofrece algo más, licenciado?*

Lo peor es que se le pueden ofrecer miles de cosas más al licenciado. Desde un cigarro hasta un resumen urgente de egresos e ingresos de los últimos seis meses en la Secretaría. Otras dos horas de chamba, si no es que más. Y así se van los días, entre *café plis* y *puta madre cómo jode*: *¿se le ofrece algo...?*



(lunática)

La noche del 16 de agosto de mil novecientos tantos y tantos fue la primera vez que salió. Porque las noches no son iguales y ésa tendría que ser. Normal. Como si nada. Sin preparativos. Noche de novato. Irrepetible. Sudaba, pos cómo no. Cargaba tamaño filero en la chamarra. Tomó un taxi al centro. Caminó quince minutos. Se metió en un callejón. Prendió un cigarro: bonito disimulo. Alguien pasó y le clavó el filero, o las uñas, o los colmillos, o los ojos muy dentro de ese rojizo manantial. Se atascó. Se bañó de sangre y eructó de placer.

La luna era la dueña, la cómplice, el pretexto. La noche, con nombre propio: noche de novato. La primera muerte: irrepetible.

(solar)

Nosferatu llegó tarde a la chamba. Amaneció con vómitos y dolor de cabeza. ¿Pesadillas? Quién sabe. Cuando llegó ya le habían servido el de la mañana al licenciado. Ni modo. Ya se imaginaba el regaño a mediodía: *quezque si esto, quezque si lotro*. Ahí más o menos hizo que arreglaba los pendientes y al rato agarró el periódico para hacerle al pendejo mientras se le pasaba el dolor de cabeza. ¡Jodido! Todo mal: el municipio, la sequía, el iva, las Chivas sin poder ganar, un descuartizado: ciudad violenta, desnuda, roja. ¿Qué loco desgraciado haría tal barbaridad?

(lunática)

Pasaron otras noches. Con sus hechos singulares. Aquí, allá. Buenos, malos, hasta para repartir. Para Nosferatu fueron noches intranquilas. Se encontraba en medio de una extraña atmósfera de inquietud. Regularmente veía televisión un rato, se quedaba medio dormido con la sabiduría de *Cristina* o con *Las gatitas de Porcel*, luego a puro sudar y removerse en la cama. A tal grado que en una de ésas se animó a invitar a cenar a Carmelita, la de Asuntos Jurídicos. Linda la Carmelita. Bonita bonita no estaba, pero eso sí: un hermoso trasero. Medio gordita y con cara de ingenua, pues. La Carmelita lo quería desde hace tiempo. Él no, vamos, a los veintiocho todavía quería buscar algo más... algo más... Nunca se lo explicaba bien el Nosferatu. Pero no, no se iba a conformar con la Carmela. Cogía rico, sí, pero eso qué. La despachó como a la una de la mañana en un taxi. Luego, como no tenía sueño, se puso a ver una película con Gary Oldman y Winona Ryder. Se quedó dormido, ¿o no? Soñó que había recorrido las calles. La luna plena. Buscando, pero ahora no tan a lo pendejo. Se aprovechó de la noche, ¿o hicieron un

pacto?: unas por otras. Pero era martes. Noche de martes. Distinta a otras. Solitaria. ¿Quién tiene ganas de salir? Nadie. Vio un gato.

(solar)

A vomite y vomite otra vez.

Como pudo se fue a la oficina. No podía faltar, el licenciado ya lo había amenazado el mes anterior: *Peláez, ésta es la última vez que falta. La próxima vez que se muera su papá, su mamá o su abuela, mejor muérase con ellos y búsquese otro trabajo*.

No podía faltar.

No podía nada, sólo hartarse de todo. Pero de qué valía. No podía reclamar, no podía hablar, no podía nada.

Pobre jodido. Burócrata desde los veintiuno. Sin haber podido estudiar más allá del tercer semestre de derecho, un tío le consiguió la chamba: *Pero no me vayas a fallar, Nosferatu, mira que le debo tantos favores a mi amigo el licenciado*.

Al principio no era tan malo, pues. Dos tres secretarías buenas. Algunas hasta se fijaban en él. Claro, no siempre las más buenas. Como Carmelita, ella sí. Pero la monotonía y el hijo de la chingada del licenciado.

¿Con cuántos licenciados se había topado en la vida? Siempre: si no era uno era otro. En la primaria con el Rigo, que todos los días le bajaba su lonche y hasta se surtía con su chicle motita y su paleloca. Luego fueron otros: *El Negro Reveles*, Juanito Adame, *El Tamal* Valdivia. Todos gandallas, viéndole la cara. Pero el mero principal: su papá, mangoneándolo, y si no: atizándole un chingazo en la cabeza, *pa que obedezca*. Pobre vida. El Peláez: tan dejado.

(lunática)

La noche es sólo un pretexto para disimular risas enloquecidas o amantes hipnotizados. La noche cabalga sin compasión en la mente de los suicidas, bebe la sangre de los inocentes como venganza contra los diurnos: los cobardes.

Y a veces da oportunidad a otras bestias.

A Nosferatu le dieron ganas de aplacar el insomnio de las últimas dos semanas. *Voy a salir a dar la vuelta*. Se puso un pantalón de mezclilla negro, una camisa negra con estampado de Alice Cooper (¡ah: nostalgia!) y una gabardina negra. Caminó un rato. Encontró un lugar: Los Hijos de Maldoror. *¡Puros pinches maricones qué!* Se sentó solo. Se despachó dos cervezas de volada. Ya entrado en ambiente soportó mejor el griterío y la música ésta: puro trance y hip-hop. *¡Putá madre!* Los traseros meneándose y las cabezas girando en los círculos eternos. Vio unos güeyes bien raros: unos darks. Todos

con la greña larga, las uñas pintadas, aretes en el ombligo y en las narices. Bien locos: ¡uh! Ellas eran ellos y al revés. Como pudo distinguió a una chava. Bailaba sola. Acá, en plena preñidez. Se paró frente a ella y le siguió el ritmo a los sampleos y los tamborazos. Al principio la darka ni lo peló. Luego como que la facha del Peláez le cayó en gracia: *Pinche bato tan maniaco.*

Peláez fue por unas cervezas, luego otras y otras. La darka se llamaba Nancy. Tenía unos ojos verdes preciosos y todos pintados de negro alrededor. *¡Qué onda, vamos pa fuera!* Y fueron.

Se besuquearon un rato recargados en una ram-charger. Peláez disfrutó esos labios (negros, claro). Sintió el ardor de éstos y sintió el ardor suyo. De su sangre con ocho cervezas de bote. De la luna y la noche inflamándolo de rabia. Sintió el cuerpo de Nancy, su carne. Sintió, dentro y fuera de sí mismo: el vuelo. La bestialidad que le prestaba la noche. Sintió el cuerpo de Nancy cediendo a sus pies. Sintió el jolgorio de una vida, la suya, renovada. Sintió ganas de lamerle cada rincón del culo a ella y a la noche que le daba alas para volar: veloz: invisible.

(solar)

Era difícil saber si de veras no se acordaba de nada o nomás se hacía güey. Se sentía como un sueño. En la oficina bien apaciguado: *que si el licenciado pacá y el licenciado pallá.* La vida: *abí pasándola.* Leyó el periódico, ninguna pista del chacal matón de la pobre morrita. Quezque el horror, quezque la violencia de la ciudad. Hubo marchas, llamados a la comunidad. Urgía acabar con tanto crimen. Eran ya varias víctimas. *¿Cuántos más?*, se preguntaban las mamás de los muertos.

Peláez le pasó mejor a la sección de deportes: un ultimátum al Tuca Ferreti: *¡O ganan o ganan!* Se sentía bien. De los vómitos: nada, ya se estaba acostumbrando. Sentía fluir dentro de sí sangre nueva. Ganas nuevas. De todo. Como si soportar el trabajo junto al licenciado y su ejército de burócratas fuera suficiente para merecerse el mundo.

(lunática)

Pero las noches pasan, el hambre vuelve.

Las patrullas, el mar de sirenas aullando la búsqueda, borrachos perseguidos. Todos sospechosos. Todos demonios.

Peláez no descansaba. Despertaba sofocado. Sentía necesidad de miel. Lángaro. Tenía que salir y no encontraba sus alas. Despertaba sonámbulo pero la metamorfosis se negaba. Las noches lo cuidaban.



Pero hasta cuándo. Los permisos eran tan pocos y el hambre tanta. La vida tan corta y las noches de diez, doce horas. Insuficientes. Malas madres.

(solar)

Se atrevió a rezongar. No andaba con ánimo de aguantar y el licenciado le llamó la atención: *Que si la falta de cuidado, usted ya no es el mismo de antes, se nota distraído, aquí la regla es ésta y ésta, obedezca, haga su trabajo, eso sí: el día de quincena muy bien apuntado y esto y lotro.* Y el Peláez: *Mire, no me esté chingando, yo sé lo que debo y no debo hacer.*

Tres días de descanso para el rezongón. La regañada: *Usted, Peláez, pelafustán, idiota, ¿qué se cree?, dé gracias que su tío...* Y la vergüenza, el arrepentimiento, los consejos de las secres y dos tres cuates de la oficina: *¿Qué pasa, Peláez? ¿Qué va mal? Soporta, brother. La vida es así.* Se deprimió gacho.

(lunática)

No aguantó más. Saldría con luna o sin luna. Con permiso o sin permiso. Irreverente. Tomaría al toro por los cuernos. El sonámbulo tragón salió en plan rebelde.

Sabía cómo comportarse. Lo había asimilado muy bien las noches de castigo y mal dormir. Las influencias podían ser muchas: los dark X. Como Nancy. De ella tomó el color que pintaba su rostro. Un disfraz de murciélago posmoderno y tercermundista. Nosferatu Peláez: mal hijo de las noches.

(solar)

Le habían mandado un oficio:

Nosferatu Peláez

PRESENTE

Por medio de ésta y quiensabequé diablos más me permito comunicarle que es usted el peor idiota que he conocido. Un títere del cual me honro tener los hilos porque yo le pago, yo me río de usted. Infeliz. Miserable. Lo castigo con tres días por contestarle a su dios: a mí.

Por sus chillidos y atención le doy de antemano las gracias.

Atentamente

El Licenciado

c.c.p. Su miserable padre y su miserable abuela.

(lunática)

Era noche de viernes. 9 de octubre. Única. Irrepetible. Miles de grillos danzaban con locura la embriaguez del fin de semana. Salió cuando las calles están más atascadas de ciegos.

Sería invisible por sí mismo. Vagó toda la noche, aguardando la oportunidad de saltar sobre un precioso dique de sangre. Aguardó para hacer más grande el antojo. O para presumir su rebelde desafío. Movía las alas con soberbia, aprovechando el viento y el sereno. ¿Mariposa oscura o ángel de la lumbre invencible? ¿Fue así como consiguió retar a las sombras o fue pura derrota, simple y llanamente?

No le dieron la mínima oportunidad de vuelo o pelea. Le atizaron el tubo en la espalda, lo patearon, le quitaron la ropa y esculcaron para ver si traía dinero. Nada. Una pinche navaja si acaso. No se fijaron en el compadrazgo canallesco, ni en el uniforme de malvado. Lo dejaron inservible: inútil para el peligro o el espanto. En medio de un charco de su propia sangre. Noche vengativa: admitía esas burlas y desconsideraciones.

(solar)

Dos costillas rotas, cinco horas inconsciente, siete puntadas en la ceja izquierda y cuatro en la cabeza, dos visitas de Carmelita con galletas, chocolates y lloriqueos, veinte mil llamadas del licenciado a chingue y chingue, la carta de despido: el recuento de los daños.

(lunática)

Noches van, noches vienen. ¿Habría reconciliación?

No pudo dormir esas noches. La gelatina y la sopa en el hospital no bastaban. Necesitaba comer algo con sustancia, algo de peso. Tenía la ventana abierta y acostado miraba hacia afuera. Se cansó de hacer juramentos de fidelidad. Si recibió respuesta o la supo descifrar sólo ellos saben.

(solar)

Quién lo dijera. En pleno día. Sin necesidad de disimulo. Sin capa. Sin metamorfosis o lo que fuera. Le ensartó diez puñaladas al del *cafecito, plis.* Salió de la oficina y las carcajadas resonaron para refugiarse por siempre en las paredes y en los oídos de las secres.

(lunática)

Volvió a dormir bien. Tras las rejas. Eso sí: como un bendito. •

JESÚS ALVARADO es cuentista y novelista oriundo de Durango. Publicó el libro de relatos *Teresa contra la lumbre* y las novelas *El abismo es fuego* y *Bajo el disfraz*. Esta última le valió el premio binacional de novela Frontera de Palabras (2003).